

Un placer fugaz

Correspondencia

Truman Capote



Lumen

TRUMAN CAPOTE
Un placer fugaz

Edición de
Gerald Clarke

Traducción de
Jaume Bonfill

www.megustaleerebooks.com

Índice

Un placer fugaz	
Introducción	
Nota editorial	
Nota del traductor	
1924-1948. Los años exuberantes: un Merlín en Alabama y un Puck en Nueva York	
1949-1959. Los años de aventura: recorriendo el mundo	
1959-1966. Cuatro asesinatos y un baile en blanco y negro	
1966-1984. Plegarias: atendidas y desatendidas	
Una cronología de Capote	
Agradecimientos	
Notas	
Biografía	
Créditos	

*A Truman y Jack, que fueron auténticos
a la luz del sol y en la sombra.*

Tu carta era un placer demasiado fugaz...

A ROBERT LINSKOTT, 6 de mayo de 1949

Caballero, ¿por qué no ha contestado a mi carta? Si escribo cartas es para luego recibir otras; por favor, que esta sí quede saldada.

A JOHN MALCOLM BRINNIN,
14 de julio de 1950

Introducción

Truman Capote escribía a sus amigos tal como les hablaba, sin reservas, inhibiciones ni formalismos. En ningún caso se le puede aplicar el rígido principio de Samuel Johnson, a quien disgustaba que se hubiera puesto de moda publicar cartas, por lo que decidió «decir en ellas lo mínimo posible acerca de mí mismo». Capote hacía justo lo contrario, y en sus cartas hablaba de todo lo que le ocurría: las penas y las alegrías, los fracasos y los éxitos. Aparentemente, nunca se le pasó por la cabeza que su correspondencia pudiera llegar a publicarse. «*¡¡¡Destruir!!!*», garabateó Capote, cuando aún tenía veintiún años, en el encabezamiento de una carta llena de chismes. Pero podemos deducir la poca importancia de esa petición por las instrucciones sotto voce que venían a continuación: «después de enseñársela a Barbara».

En realidad se llamaba Truman Persons, pero se convirtió en Truman Capote después del divorcio de sus padres y tras ser adoptado por su padrastro, Joe Capote. La primera carta de este volumen, dirigida a su padre biológico, Arch Persons, en otoño de 1936, cuando Truman contaba once o doce años, fue la ratificación de esa nueva identidad, en sustitución de la antigua. «Me gustaría –le dijo a Persons– que en el futuro te dirigieras a mí como Truman Capote, ya que todo el mundo me llama así.»

Las numerosas cartas que siguen constituyen una especie de autobiografía. En ellas aparece un jovencísimo Capote, casi infantil en su exuberancia y optimismo, que en los meses que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial se zambulló en las turbias aguas de la escena literaria neoyorquina. Después viene el Capote apagado –aunque solo levemente– de los años cincuenta. Entonces vivió la mayor parte del tiempo en Europa con Jack Dunphy, que era su

compañero desde 1948, y se dedicó a escribir teatro, guiones, ficción y experimentos periodísticos.

También aparece el Capote de principios de los sesenta, metido hasta los codos en la investigación y redacción del libro más abrumador y traumático de su vida: *In Cold Blood*, donde relata el asesinato de cuatro miembros de una familia de la Kansas rural y la historia de los dos hombres –Perry Smith y Dick Hickock– que llevaron a cabo el crimen. El libro fue la sensación editorial de la década, combinaba las técnicas de la ficción con el tono y los datos reales de la no ficción, y acabó por transformar para siempre las normas de la no ficción popular. Gracias al éxito del libro, la voracidad de la televisión y la extravagante personalidad del propio autor, Capote se convirtió en el escritor más famoso de Estados Unidos, y probablemente del mundo entero.

Finalmente aparece el Capote de los setenta y primeros de los ochenta –murió en 1984–, desilusionado con su vida y su carrera, que se aficionó cada vez más y de un modo evidente a las drogas y el alcohol. Las cartas quedaron reducidas a casi nada, en su mayoría postales y telegramas, y con uno de ellos se cierra este libro, un telegrama que Capote envió desde Nueva York a Dunphy, que, como siempre, pasaba el invierno en Suiza. Todo lo que decía era: «Te echo de menos. Dime cuándo llegas. Besos. Truman». (Al final del libro hay una cronología de la vida de Capote.)

Entre la primera carta y el último y afligido telegrama hay, para el lector, todo un mundo de fascinación, placer y diversión. Capote no cultivó «el gran arte epistolar», para citar de nuevo al doctor Johnson, sino que escribió cartas de un modo informal, más natural. Un hombre que solía reelaborar y pulir todo aquello que tuviera que firmar, a veces tomándose unas cuantas horas para encontrar la palabra exacta, escribía las cartas a una velocidad de vértigo, con las prisas habituales, como dijo alguna vez, para llevarlas a tiempo a correos antes de la última recogida del día. «Tengo diez minutos antes de que la oficina de correos cierre –le dijo a un amigo–, así que

ten en cuenta que escribo esto muy apresurado.» El resultado son unas cartas que muestran una espontaneidad de la que adolece la correspondencia de otros escritores, más cautos y deudores de otras servitudes. «Tu carta era un placer demasiado fugaz», le dijo a un amigo; en realidad, estaba describiendo sus propias cartas, que son sin duda placeres fugaces, el título que he elegido para este libro, *Un placer fugaz*. Siguen igual de vivas que el día en que fueron escritas y contienen tanta energía que parecen saltar de la página y pedir a voces ser leídas.

A Capote le encantaban los cotilleos, tanto los que le contaban como los que él se encargaba de hacer públicos. «Envíame otra de esas fantásticas cartas llenas de chismes: me hacen sentir como si estuviéramos juntos en algún lugar tomando una copa», escribió a uno de sus corresponsales. «¡Escribeme! Y contesta a todas las preguntas que te he formulado más arriba», conminó a otro. Cuando vivía en Europa, durante casi toda la década de los cincuenta, Capote echaba de menos la agitación de Manhattan. «Nueva York en otoño... de verdad que ese es el lugar perfecto», escribió, mientras instaba, suplicaba y engatusaba a sus amigos para que le dieran noticias frescas. «¡Hola! ¿Cómo es que no has escrito?», le preguntó a un amigo. «Escribeme, corazón, ¿o es que crees que tu sumiso amigo nunca piensa en ti?», le dijo a otro.

Para animar los días, así como para recuperar alguna que otra relación epistolar atrasada, Capote se inventó un juego al que llamó «IDC» (International Daisy Chain que se podría traducir como «Trencito Internacional del Amor»). «Se hace una lista de nombres —escribió a unos amigos de Nueva York—, de modo que estén conectados por la siguiente razón: cada uno o una ha tenido relaciones con la persona mencionada justo antes; la gracia está en llegar lo más lejos posible y con la mayor incongruencia.» Las combinaciones eran infinitas, pero la cadena preferida por Capote, la más incongruente de todas ellas, es la que relacionaba a Cab Calloway con Adolf Hitler. El jazzman estadounidense por excelencia y el paradig-

ma del mal absoluto estaban separados, según Capote, por solo tres amantes.

Capote se dirigía tanto a hombres como a mujeres con apelativos cariñosos, a los que aplicaba una creciente inventiva; al principio eran siempre «cariño» o «querido», para luego pasar a ser «preciosidad», «corderito», «mi dulce magnolia» o «mi bendita ciruela». Cualquiera que no esté muy bien informado podría creer que el escritor tuvo alguna aventura con toda la gente que aparece en este libro. Pero la verdad es aún más interesante, si bien menos morbosa. Capote era como un niño necesitado de afecto, apreciaba a sus amigos sin reservas –eso les decía una y otra vez– y esperaba de ellos un cariño equivalente. «Hoy solo hago que sentir amor por ti – le escribió a Andrew Lyndon, un hombre con el que nunca hubo sexo de por medio–; me he levantado pensando en ti y deseando que no fuera domingo, para que al menos cupiera la posibilidad de haber recibido alguna carta.» ¿Quién se podría resistir a unos brazos así de abiertos?

Para sus enemigos, Capote tenía una lengua tan afilada como la daga de un asesino. Pero a ellos no les escribía. Solo mandaba cartas a los amigos, para los que tenía, de principio a fin, una generosidad digna de un santo. Los colmaba de alabanzas por el logro más insignificante, los reconfortaba cuando andaban un poco deprimidos e incluso les ofrecía dinero y ayuda, aun cuando él andaba escaso de liquidez. Eso sí, si alguno lo traicionaba, Capote no perdonaba. A principios de los cincuenta, por ejemplo, le echó una mano a William Goyen, un escritor de Texas que vivía en Nueva York. Un cuarto de siglo después, cuando la esposa de Goyen le pidió un comentario favorable con motivo del vigésimo quinto aniversario de la edición de la primera novela de su marido, Capote le insinuó que echara un vistazo a la reseña negativa, cargada de desdén, que Goyen había escrito sobre *Breakfast at Tiffany's*, y la hizo caer en la cuenta de que su petición era «realmente absurda». «Al principio de su carrera me presté muy amablemente a ayudar a su amigo, y no

obtuve otra recompensa (como también hizo con K.A. Porter y con su amante de entonces, Stephen Spender) que la pura traición.»

Amigo incondicional, cotilla impenitente, un tipo boyante: todo eso era Capote. Pero también fue, casi hasta el final, un escritor de una ambición sin límite, dedicado espartanamente a su oficio. «Hoy por hoy ser artista es como un acto de fe –le contaba a un amigo–; no reporta nada salvo la satisfacción del arte mismo.» Solo tenía veinticinco años cuando escribió estas palabras, pero ya entonces lo caracterizaba la determinación de entrar a formar parte del panteón sagrado de los Flaubert, Proust, James y Faulkner. «¡Y las últimas páginas! –escribió a Robert Linscott, su editor en Random House, poco antes de entregar su primera novela, *Other Voices, Other Rooms*–: Cada palabra me cuesta sangre.» Por su parte, Linscott era el editor idóneo para un escritor joven y sensible: siempre daba ánimos y era afectuoso, aunque también severo cuando creía que era necesaria alguna crítica. «Fantástico fantástico fantástico», le contestó Capote después de que le halagara los primeros capítulos de su segunda novela, *The Grass Harp*. Pero cuando Linscott le comunicó que le disgustaba el final, Capote se vino abajo. «No puedo soportar que todos creáis que mi libro es fallido», dijo.

De hecho, el propio Capote fue su mejor crítico, tan perspicaz acerca de lo que él mismo escribía como de la obra de otros. En una carta a William Shawn, director de *The New Yorker*, le comunicó que había terminado un artículo, «A Daughter of the Russian Revolution», pero que se había percatado, con algún retraso, de que «no se aceleraba al ritmo adecuado», por lo que tendría que trabajarlo un poco más. Finalmente lo abandonó por completo: «Parece que he perdido la fe en este artículo, o al menos en mi capacidad para acabarlo», le hizo saber a Shawn. A cualquier escritor, principiante o experto, las cartas de Capote deberían tanto instruirle como servirle de inspiración. Y aquellos que no escriben, sospecho, hallarán en ellas recompensas igual de satisfactorias.

«Nunca se ha escrito una buena carta que estuviera destinada a

aportar información o a satisfacer a su destinatario –escribió Lytton Strachey–. Puede que cumpla esas condiciones de un modo casi casual, pero su propósito fundamental es sin duda expresar la personalidad del que la ha escrito.» Las cartas que siguen dan fe de la justeza de la observación de Strachey. Proporcionan información –y a fe que lo hacen– y a menudo están pensadas para complacer; pero, más que nada, expresan lo que de otro modo sería inexpresable, hablan de una personalidad tan radiante y expansiva que desafió las leyes establecidas de la gravedad humana.

GERALD CLARKE, Bridgehampton, N.Y.

1 de abril de 2004

Nota editorial

Estas son las cartas de Truman Capote, no las mías, y para hacerlas legibles solo he hecho algunos cambios menores. Capote escribió la mayoría de su correspondencia a mano, pero en las pocas decenas que escribió a máquina mostró uno de los malos hábitos de bastantes mecanógrafos: ignoraba la tecla de las mayúsculas y lo escribía todo, incluso los nombres propios, en minúscula. Como es complicado leer una carta sin mayúsculas, me he permitido la discreción de añadir las necesarias.

Presento estas cartas exactamente como Capote las redactó. No las he alterado ni abreviado –soy del parecer de que o se incluye la carta entera o se deja de publicar–, de modo que las elipsis ocasionales o los paréntesis son de Capote, no míos. Aparte de las notas al pie, los añadidos editoriales siempre van entre corchetes. Pese a que me podría jactar de algo tan irrelevante como ser un experto en la caligrafía de Capote, hay algunos pasajes en los que su escritura o bien me ha dejado alguna duda o bien no se leía nítidamente por el hecho de ser una mala fotocopia. Antes que hacer conjeturas sobre lo que quería decir he preferido poner «poco claro» entre corchetes. Frecuentemente se olvidaba de fechar la correspondencia, y en los casos en que se ha perdido el sobre con su matasellos, me he fiado del contenido para determinar, lo mejor que he podido, cuándo fue escrita la carta.

Al final de cada documento he indicado la procedencia del original, ya sea propiedad de un particular o de una biblioteca. En varias ocasiones, no obstante, he incluido una carta cuyo paradero real desconozco. Algunas de estas las encontré hace una década o más, cuando investigaba y buscaba material para mi biografía de Capote. En los años siguientes quien me proporcionó la copia ha muerto o también ha ocurrido que la han legado a otra persona. En tales oca-

siones me he visto en la obligación de marcarlas como procedentes de alguna «colección desconocida». En algún caso he obtenido las copias de algunas cartas que después se han subastado; si no tenía conocimiento del comprador último, también las he descrito como pertenecientes a una «colección desconocida».

Nota del traductor

El modo en que Gerald Clarke ha preparado los textos de la correspondencia de Truman Capote no ha pasado por ningún lavado de cara editorial. Presenta sus cartas tal como las escribió, esto es, con frecuentes faltas de ortografía –parece que Capote no prestaba mucha atención al uso del apóstrofe (posesivo y de elisión), entre otros errores frecuentes– y sin adecuarlas a las convenciones gráficas. No habría tenido sentido mantener en la traducción el aspecto semifilológico del original, ya que el propósito de Clarke, el de reproducir los textos de la manera más fiel y cercana a la realidad que fuera posible, se pierde en una versión a otra lengua y dificulta la lectura. Por contra, el texto en español es homogéneo y guarda más coherencias formales.

En lo ortográfico, no he transcrito los errores del original –donde venían marcados con un *sic*–, y he desarrollado los símbolos, las abreviaturas y las siglas que Capote a menudo utiliza en sus cartas y que no son familiares a los lectores en español («Mass.» por «Massachusetts», por ejemplo), siempre que no se tratara de las iniciales de nombres de persona obvios y de ciudades famosas (como «N.Y.» o «L.A.»). Evidentemente, la puntuación también está adaptada.

En cuanto a los criterios tipográficos, la traducción al español es uniforme. Las obras citadas, que Capote ponía en redonda o entrecuadradas, están en cursiva y con el título original en inglés –puntualmente he dado la referencia de las traducciones que existen al castellano cuando se trataba de libros–. En cursiva están también las palabras y expresiones que Capote toma de otros idiomas y que ocasionalmente escribe incurriendo en faltas, por lo que vienen seguidas de un *sic*, que ya marcó el editor original. Capote solía poner marcas enfáticas a la hora de escribir ciertas expresiones, tanto con subrayados como con comillas. Cuando el uso no es metalin-

güístico, he usado comillas bajas; en el caso de los subrayados, en la traducción el énfasis está marcado en cursiva. Por último, he mantenido el criterio de Capote a la hora de usar mayúsculas y minúsculas. A menudo se despedía usando la minúscula después de punto («te quiero») y firmaba «truman», o se refería a algo o alguien con epítetos irónicos que marcaba en caja alta, y así ha quedado reflejado en la traducción.

Así pues, el texto de la traducción queda como una unidad coherente a nivel formal y de criterios tipográficos. El resto, lo ponen Capote y sus placeres fugaces.

J. B.